

Gloria Ángeles FRANCO RUBIO, *El ámbito doméstico en el Antiguo Régimen. De puertas adentro*, Madrid, Editorial Síntesis, 2018, 263 pp.

Soledad Gómez Navarro
Universidad de Córdoba

Como es sabido, entre las disciplinas historiográficas más exitosas y frecuentadas en los últimos años por los modernistas se hallan la Historia de la familia, la Historia de la vida cotidiana y la Historia de la vida privada, según la oportuna denominación, en el último caso, de los hermosos libros debidos a Philippe Ariès y Georges Duby. Dirigidas a conocer las modificaciones de comportamientos, la transformación de la vida familiar –en su ética, funciones y normas rectoras de las relaciones entre cónyuges, padres e hijos u otros miembros de la unidad familiar–, la propia función de la familia –como unidad de producción, reproducción y consumo–, los modelos familiares y los tipos de hogares –aun los distintos tipos de familias, incluida la no biológica, como la religiosa–. La familia como grupo doméstico más allá de los lazos consanguíneos, el valor de la co-residencia, entendido como espacio de vida privado –si no de intimidad–, de solidaridad de intereses, sentimientos y objetivos que constituyen especialmente para la sociedades europeas del Antiguo Régimen la parte más visible y tangible del universo familiar. Los cambios estructurales de la fecundidad legítima o no, o el impacto de las mutaciones y obligaciones socioeconómicas e ideológicas –mundo de los afectos y sentimientos, inicio de la emancipación femenina, consolidación del individualismo burgués...– sobre las mismas estructuras familiares; los caminos de la autonomía de las mujeres, o las formas y procesos en que se desarrollan trabajo, ocio, habitabilidad –casa y sus ámbitos– y espacios de relaciones y sociabilidad y sexuación de dichos espacios, cuerpo –ajeno y propio– y civilidad, memoria de los demás y memoria de sí, entre otras muchas cuestiones concernientes a los intereses disciplinares antes indicados, merced a la roturación realizada, en esas parcelas historiográficas, por Meuvret o Goubert, pasando por Henry, Cipolla, Ariès, Stone y Shorter, o los españoles Dubert y Chacón, entre otros, hoy, poniendo el historiador su mirada en “millares de familias pertenecientes a todos los medios sociales, de las que nunca se habló y que componían la masa oscura, el cuerpo profundo, de la sociedad” (André Burguière, *Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid, Akal, 1991, p. 289), conocemos territorios hasta no hace mucho tiempo, efectivamente, ignotos o muy poco conocidos, pese a ser tan necesarios para lograr las viejas aspiración annalistas de la historia total e historia de la gente común y corriente y poco importante, en palabras de José-Andrés Gallego.

En gran medida de todos esos asuntos –o de buena parte de los mismos– trata el hermoso y utilísimo libro de Gloria Franco, pero, y esto es lo significativo y lo que aporta verdadero conocimiento a lo sabido al respecto, desde un enfoque novedoso –y por lo mismo hasta ahora poco o nada explorado–, pues unifica en un todo absolutamente sólido y muy bien trabado, familia, espacios, género, casa y hogar, para historiar el origen, emersión y consolidación del ámbito privado, así como el modo en que los géneros se mueven en el mismo, lo elaboran y reelaboran, un territorio, como digo, aún muy poco iluminado. Porque efectivamente sabemos bastante del espacio público, de lo público y de la construcción de lo público, pero mucho menos –en realidad muy poco– del espacio privado, de lo privado y de la construcción de lo privado, de la esfera privada en que los sujetos se mueven y en cómo la inventan y

reinventan; y desde luego casi nada desde la perspectiva de análisis con que tal objetivo se aborda y elabora en esta obra. Esto es, yendo, en ondas expansivas crecientes y en una visión única, conjunta e integradora, de lo doméstico –domesticación y domesticidad– a lo privado y a lo íntimo, familia, casa y hogar, y desde el género, enfoque, insisto, prácticamente inaplicado hasta ahora y he ahí lo innovador y llamativo. Es más, para explicar los procesos de domesticación/domesticidad/doméstico, Gloria Franco emplea la Historia de la familia –que también supera al introducir y manejar las nociones de casa y hogar–, pero también la Historia económica, social y cultural, porque sin los cambios socioeconómicos y culturales –religioso/culturales– y aun los políticos, no se entiende absolutamente nada de lo que la autora plantea. Lo iremos viendo en el transcurso de esta glosa. Y todo ello para, como expresa la contraportada de la obra, estudiar la construcción del ámbito doméstico a partir de una serie de discursos sobre la domesticidad, que cumplieron un papel crucial en el terreno normativo y de las costumbres, y su aplicación en la realidad mediante el proceso de domesticación y civilización de los individuos. Así, reinventando la domesticidad existente y creando la publicidad *ad hoc*, la sociedad europea del Antiguo Régimen –más bien, de fines del Antiguo Régimen– acabó acotando el espacio social tal como hoy lo percibimos, según la teoría de las dos esferas, la extradoméstica y la doméstica –quizás mejor que pública y privada, respectivamente, por ser más globales aquellas dos nociones–; partiendo de la génesis, desarrollo y evolución de la domesticidad en clave burguesa, se plantea el proceso de configuración del hogar, integrado por la familia nuclear basada en la conyugalidad, y mutado en “santuario de la vida doméstica y en el microcosmos necesario para el buen funcionamiento del orden social”. Pero vayamos por partes.

En cinco elementos me fijaré para reseñar esta magnífica obra –que francamente recomiendo– porque me parecen sus puntales, a saber: fuentes, objetivos, metodología, enfoque y estructura. En cuanto a las primeras, inteligente y necesaria conjunción de varias y muy distintas huellas –todo un acierto–, aunque con predominio de las artísticas –sobre todo pintura, pero también artes decorativas y arquitectura– y textuales, archivísticas de diversa naturaleza y, especialmente, escritos de moralistas, teólogos y filósofos eclesiásticos y laicos. Los segundos, centrados en el análisis de la construcción de la domesticación/domesticidad en el seno y contexto de los cambios que afectan a la familia, la casa y el hogar, a través de los que acaecen y acontecen fundamentalmente a la sociedad liberal burguesa y protestante en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen y primeras décadas de la Europa contemporánea. Para la tercera, el lógico y nunca suficientemente pedido recurso a la interdisciplinariedad, que la autora usa con fruición y sensatez, aportada por Antropología, Sociología, Psicología, por supuesto la Historia, disciplinas todas ellas tan fronterizas con ésta singularmente en temáticas como la de este libro; a la par que apoyándose en investigadores que abrieron camino en las mismas, por todos reconocidos como Bourdieu, Burke o Elías, y otras veces no tanto, como Ariès, muy cuestionado por su noción del inconsciente colectivo, del imaginario, pero tan sabio en algunas de sus conclusiones y que la historiografía posterior ha incorporado. En cuanto al enfoque, combinación integrada e integradora de ámbitos disciplinares diferentes como familia y género. Y una estructura, por último, de menos a más, desde los nucleares conceptos en que se cimenta toda la obra –construcción cultural, discursos y prácticas; dialéctica, tiempo histórico, cambios y permanencias; espacio social; domesticación, domesticidad, doméstico, civilidad; privacidad, conyugalidad, intimidad– hasta explicación detallada de los mismos en su desarrollo.

Se construye así una obra precisa y bien organizada, estructurada en cuatro grandes partes más una introducción, abrochada con sus conclusiones, bibliografía y una interesante y muy útil selección de textos. Lógica derivada de lo que acaba de indicarse, por ello la introducción se dedica al análisis de los objetivos del estudio, metodología, fuentes, líneas de trabajo y estructura de la obra. Y las cuatro siguientes partes, con sus correspondientes diferentes apartados y subapartados, al despliegue propiamente dicho de la misma, en la ya indicada gradación, respectivamente, de conceptos; familia; casa y hogar; y santuario doméstico.

De ahí que el primer capítulo analice la domesticidad y su evolución histórica, desde sus orígenes a la domesticidad burguesa, donde Gloria Franco halla el empuje del individualismo, el proceso de domesticación, desde la esfera pública a la doméstica, de civilización de los individuos, construido con el feliz recurso a los poco atendidos manuales de civilidad, y el auge de la privacidad y el triunfo de la intimidad, desde lo público a lo doméstico, que son las distintas nociones y conceptos que examina y en que se asienta todo el desarrollo posterior del libro, como ya sabemos. El segundo lo dedica a familia y grupos domésticos en la Europa del Antiguo Régimen, y por ende, a la estructura familiar, el matrimonio y su evolución, la conyugalidad –sin duda una de las aristas más interesantes de toda esta interesante aportación– y la nueva concepción de la maternidad, desde la madre reproductora y nutricia a la madre educadora, pasando por los discursos sobre la conveniencia o no de la lactancia materna directa. La tercera parte, a la configuración del espacio doméstico y en cómo se pasa de casa a hogar, fascinante recorrido, y sin duda uno de los más atrayentes de la obra por ser aún territorio tan poco conocido, sobre todo como en este libro se hace, y en el que esta historiadora de la vida cotidiana y de la historia cultural explora, examina y ahonda en las estructuras habitacionales de la casa –espacio físico, social y cultural, “escaparate simbólico”, en sus palabras, y objetos, usos y significados de los mismos en el “contenedor material”, otra vez en su propia expresión–, tipología de los espacios de residencia, tránsito de la casa al hogar –sin duda todo un interesante itinerario y de consecuencias sociales y culturales importantísimas sobre todo para la mujer, al separarse progresivamente lo laboral de lo doméstico, desde la planta baja de la casa a la primera, para después salir directamente a otro lugar totalmente distinto de la ciudad–, la especialización de los interiores domésticos por y con sus efectos para la individualización y la privacidad/intimidad, y la feminización de los hogares, e igualmente proceso de indudables repercusiones e implicaciones en el género. Y el cuarto y último capítulo se centra en lo que Gloria Franco denomina el “santuario” doméstico, o el anhelado paraíso burgués, pensado para solo la vida doméstica en la casa que cobijará a una sola diosa y reina, la mujer, el “ángel del hogar” y el “nuevo paradigma” del primer tiempo y arco cultural decimonónico –esposa ideal y madre perfecta–, pero también del hombre doméstico, “la nueva identidad masculina”, y, otra vez, todo un feliz hallazgo de esta interesante, de principio a fin, publicación.

Ratificando que se ha indagado el ámbito doméstico como resultado de una “reestructuración y configuración del espacio social gracias a la aplicación de los principios de la domesticidad burguesa” (p. 245), especialmente la europea protestante, se concluye, como principales observaciones, remarcando que este proceso ha de rastrearse ya en los inicios de la modernidad, especialmente con el individualismo del Humanismo y el Renacimiento; en la importancia del protestantismo y el capitalismo para aquel dicho proceso; en su carácter eminentemente urbano y burgués; en el acomodo de la domesticidad burguesa al modelo de familia nuclear donde cada uno de

los cónyuges tiene sus metas y tareas perfectamente delimitadas y, sobre todo, sin ni siquiera mínima ruptura del modelo patriarcal –por tanto, sí complementariedad de sexos, no igualdad–; la emersión de una nueva vivienda especializada, feminizada y separada en estancias, que transforma casa en hogar; la feminización de este nuevo espacio habitacional; y la asignación de la identidad femenina al mismo, y en la ya indicada permanencia del patriarcado, pues esta domesticidad patriarcal de la primera edad contemporánea burguesa liberal europea sigue basada en la dominación masculina.

En el “haber”, pues, de esta obra, un triple principal balance, en mi opinión: El uso valiente mas justificado de conceptos como domesticación, totalmente apropiado y asumible cuando se explica, y que conduce al “hombre doméstico”, todo un valiente reclamo y lo que, en suma, remite a la importancia de lo cultural, incluso cuando la autora pone de manifiesto las flagrantes contradicciones de los intelectuales de, sobre todo, la Ilustración. El análisis de aquel proceso desde el género, lo que es toda una aportación, como ya dije, y lo que muestra la importancia de lo social; su fabricación desde, por y con los discursos; y su relación con el individualismo emergente, primero, y triunfante, después, encarnado en la burguesía liberal europea y especialmente la protestante; con los cambios operados en la familia, la religión y los sistemas económicos –privacidad e intimidad, protestantismo y capitalismo, respectivamente–; y con el tiempo, en cuanto que proceso histórico, esto es, construible y cambiante. Y la pérdida progresiva del cierto papel importante –incluso de protagonismo– de las mujeres, a partir del régimen liberal, apartadas del mercado laboral campesino por la industrialización rampante –sin entender que con su trabajo en la casa también las mujeres generaban riqueza– y relegadas por largo tiempo a la casa-hogar y a la sujeción patriarcal, que se mantiene y aun refuerza –lo que llevará a ir transformando, con mucho tiempo y esfuerzo, situaciones “de hecho” en situaciones de derecho–, igualando orden familiar a orden social y político, espacio extradoméstico a lo masculino, doméstico a lo femenino, y balance que otros caminos historiográficos de territorios católicos además, en este caso, también corroboran, como el incremento de los documentos de última voluntad mancomunados otorgados por esposos desde fines del Setecientos y hasta el final del Antiguo Régimen, cuando en centurias anteriores el número de mujeres casadas que disponían solas de sus bienes en testamento era de innegable entidad. Ciertamente –y en lo que pudiéramos llamar el “debe” del libro que glosome habría gustado ver más al tercer estado de las familias más modestas o pobres, aunque se justifica que el proceso que se analiza solo repare en la burguesía –en verdad, en solo cierta capa de la burguesía– porque es el agregado social triunfante en el régimen liberal; al mundo rural y católico; a las mujeres solteras y su posible influjo en el cambio hacia la autonomía y la identidad asumida, no asignada, por las mujeres, ante la necesidad de abrirse camino en el mercado laboral; o la posible corroboración en la realidad de los discursos porque éstos no son evidentemente prácticas, ni aquéllos se reflejan mecánica, necesaria e indefectiblemente, en éstas. Pero un libro debe analizarse por lo que tiene y aporta, no por aquello de que carece o le falta, y, por otra parte, he ahí elementos y tareas para otra y quizás nueva indagación y para que Gloria Franco siga trabajando.

En definitiva, una obra fundamental y ya absolutamente referente indispensable en la parcela que analiza, que profundiza en las cuestiones que plantea, que cierra; un libro iluminador y redondo, a la vez que, cual magnífico producto intelectual, sembrador de nuevas inquietudes que, seguro, servirán para que su autora continúe investigando y ofreciéndonos tan magníficos resultados como el que acabo de presentar.